CORONA POÉTICA.

SONETO.

¿Cuál es el sér de todos proclamado,
Vírgen bendita, cuyo nombre puro
Es del que lucha, en los combates, muro,
Siempre terror del infernal armado?
¿A quién invoca el hombre entusiasmado
Ora el pesar devore; ora seguro
Aspire dulce bien, aunque futuro,
Por santa inspiracion iluminado?
¿Quién disipa amarguras y aflicciones
Y bálsamo de amor, en sólio santo,
Derrama en lacerados corazones?...
Eres, María, Tú, del cielo encanto...
Pues bien; son tuyas hoy mis oraciones,
Tuyo mi corazon, tuyo mi canto.

E. Moreno Cebada.

Á LA INMACULADA CONCEPCION.

¡Adan, Adan, Adan!... ¿Por qué te escondes
de tu Dios á la vista temeroso?
¿Qué acabas de perder? Dí, no respondes
A la voz del Criador ¿Eres dichoso?
Así el Omnipotente, El Juez supremo,
Despues de haber pecado Adan, gritaba;
Y mas por compasion, que enojo estremo
A su presencia al pecador llamaba.
Superando el rubor al fin parece
El que antes fuera rey del Paraiso;
Con la frente inclinada permanece
Como reo ante juez, mudo y sumiso.
—Señor, dice por fin: despavorido
Al oir vuestra voz corrí á ocultarme:
Sentíme de vergüenza confundido
Desnudo de la gracia al encontrarme.
—Y de qué ese rubor? ¿Yo, por ventura,
Al sacarte infelice de la nada,
En tu alma inocente la dulzura
Con la culpa ¡oh, Adan! te dí mezclada?
¿No te dí de mi sér la semejanza
Coronada de estenso poderío?
Un mundo de riqueza y venturanza
No gozabas en pleno señorío?...
Como tipo ideal, bella y hermosa

Formé para tu encanto una criatura:
Por mujer te la dí cual dulce esposa
Con sonrisa miró tu fiel ternura.
A los dos un precepto solo impuse
Al daros por estancia el Paraiso:
Un árbol reservar allí dispuse,
Y su fruta vedaros fué preciso.
Mas cediendo al engaño que os cegaba
La manzana coger habeis querido
Olvidando la ley en que ordenaba
No comer del manjar que os fué prohibido.
Angustiado y confuso Adan en tanto
Se olvida del amor que á Eva tenia
Y deshecho en raudal de amargo llanto
Al supremo Hacedor así decia:
—La serpiente, gran Dios, sedujo á Eva
Con palabras pomposas y mentidas
Come, la dijo, que la fruta lleva
En su seno las ciencias escondidas.
A Dios te igualarás en poderío
Si comes del manjar que te prohibe,
Y dueña te hallarás de tu albedrío
Como el Dios que el mandato te prescribe.
La curiosa mujer tendió la mano
Hácia el árbol que mira con delicia,
De la fruta comió y Satan ufano
Entregada la deja á la codicia.
Hácia mí se dirije presurosa
Y me invita á comer con grande empeño:
Un bocado tomé, viéndola hermosa,
Y á la vez despertamos de aquel sueño.
Así Adan confesaba su pecado

Al Juez que á pronunciar vá su sentencia,
Y humilde se somete y resignado
Al fallo vengador de su inocencia.
Despues que le escuchara el Padre Eterno
Empieza maldiciendo á la serpiente,
—Huye, la dice, que en el hondo averno
A vivir te condeno nuevamente.
El hombre por tu causa, su destino
Cambiado mira y de pesares lleno,
Y de abrojos cubierto vé el camino
Que antes miraba tan feliz y ameno.
Temiendo en el varon mas resistencia
A la incauta mujer sagaz venciste,
Y envidiando su vida de inocencia
A la tuya del mal la redujiste.
¡Pero, en vano luchar! vendrá mas fuerte
Otra mujer á quebrantar tu orgullo,
Y entonces su poder para vencerte
Será bastante y rendirás el tuyo.
Con sudor y fatiga su alimento
Adan alcanzará entre mil azares,
Y la muerte despues con ronco acento
El fin le anunciará de sus pesares.
Calló el Señor, y Adan arrepentido
Unas tras otras sus desgracias cuenta,
Y en ellas el castigo merecido
Recibe de su Dios con grande afrenta.
Un rayo de esperanza lisongera
Aun conserva su alma dolorida,
Y un ángel salvador del cielo espera
Que alcance su perdon en la otra vida.
Recuerda que el Señor para salvarle

Del poder de Satan en que yacia
Prometió de los cielos enviarle
Al mundo el Redentor y antes María,
Que al fin apareció de gracia ornada,
De atractivos y encantos divinales,
La madre de los hombres destinada
A cumplir los designios celestiales.
Por ella se realiza la sentencia
Que Dios contra Luzbel pronuncia airado,
Enviando en su excelsa omnipotencia
Una heróica mujer que le ha humillado.
Una mujer, que con su amor liberta
Al hombre de su mísero destino;
Y con mano amorosa abre la puerta
Que encontraba cerrada en su camino.
En ella las virtudes á porfia
El Eterno derrama con sus dones,
Y al nombre venerando de María
Entonan los Querubes sus canciones.
Las Vírgenes se postran reverentes
Y adoran ese nombre sacrosanto,
Entonando en su amor himnos ardientes
Que repiten gozosas en su canto.
Escogióla el Eterno, que bendijo
Su pura Concepcion privilegiada,
Para Madre amorosa de su hijo
Quedando desde el seno inmaculada.
De la culpa jamás el negro velo
Ocultó de su alma los primores,
Y siempre de la gracia en este suelo
En su frente brillaron los albores.
Destinada á salvar la especie humana

Dando á luz al Cordero sin mancilla,
Desde entonces la dicha toda emana
Del misterio que obró tal maravilla.
Es la antorcha que guia al peregrino
Por la senda escabrosa de la vida;
Es emblema de amor puro y divino
El nombre de esa Madre bendecida.
Si el triste le pronuncia dolorido
Implorando en su llanto algun consuelo,
Un manto de piedad verá estendido
Que le cubre y protege desde el cielo.
Si el huérfano y el pálido mendigo
Se acogen á su amparo soberano,
Hallarán en María el tierno abrigo
Que al humilde dá siempre y al anciano.
Y esta hermosa y purísima doncella
Cual plátano magnífico en Oriente
Se eleva entre los hombres casta y bella
Tendiéndoles sus brazos dulcemente.
Nuestro culto rindamos noche y dia
En aras del contento y de la gloria,
Al nombre sacrosanto de María
Que guarda con placer nuestra memoria.

MARÍA MORENO Y ZANCUDO.

Badajoz 30 de Abril de 1862.

LA CONCEPCION DE MARÍA.

Visteis como el Oriente,
En mañana de dulce primavera,
Al respirar del aura placentera
Rásgase en pabellones matizados,
Y entre el fulgor de coruscantes nubes
El Angel de la luz con faz riente
Penetra con escelsa galanura
Vertiendo de la luz la fuente pura?
Tal entre mil Querubes,
De radiantes diademas circundados
De una Vírgen sin par la vision bella,
Del sol vestida, de astros rodeada,
Muéstrase á los celestes coronados:
Y al conocer que el mundo ya destella
La plenitud del Sol, y que era el dia
En que volviera al hombre su alegría.
«¿Quién es esta, preguntan, que arrobada
De puro amor, desde el impuro suelo
Con presteza veloz escala el cielo?»
María: á la sazon la voz que truena
Desde el alcázar magestuoso suena:
«Sin mancha original formada sea,
Y el orbe de su luz la aurora vea.»
Tal profirió: y al punto

La prediccion cumplida
Sintió la humanidad alborozada
Que oyera de Jehová, cuando culpada
Su inocencia primera vió perdida;
Cuando á la maldicion y al golpe junto
Del fulminante brazo conmovida,
Del Eden arrojada
Quedó, y á dura esclavitud asida,
En ignorancia y en desdicha viendo
A sus hijos sin fin morir naciendo.
Cien siglos y otros cien corrido habia
De Adan la estirpe cual torrente impuro,
Envolviendo en sus aguas cenagosas
Al linaje humanal y á cuanto un dia
Formara sus delicias mas preciosas;
Cuando con soberano
Y acordado sosten levando el muro,
Su corriente atajó la escelsa mano
Paso dando á la Vírgen sin mancilla,
Gloria de Adan, del mundo maravilla.
De la santa montaña,
Que cantara David, de la alta roca,
Que basada en la tierra el cielo toca,
Desciende de María clara fuente,
Cuyo limpio raudal que el mundo baña,
Cual la mansa corriente,
Que acaudalé sus aguas cristalinas,
Bajando á la llanura,
Su curso allí contiene,
Y á contemplar el cielo se detiene;
Y del sol emulando la hermosura
Retrata en su cristal la imágen pura,

En tanto que sus linfas argentinas,
Tendidas por el campo dilatado,
Los prados fertilizan,
Y de mirtos y flores los matizan.
Tal María, cendrado
Espejo de fulgor que á Dios refleja,
Desde la tierra el cielo retratando,
Y en trasunto divino
Modelo de virtud al mundo dando,
De justicia la senda abierta deja
Mostrando al hombre su eternal destino:
Entonces la abundancia
Del célico raudal todo lo inunda;
A su virtud fecunda
Brota la ciencia, muere la ignorancia:
Y espareciendo do quier gérmen ferace,
La justicia y la paz al orbe nace.

FRANCISCO PELUFO, *Presbítero.*

LA NATIVIDAD.

Ocupada mi ardiente fantasía
Con imágenes mil de tu grandeza,
Y queriendo ofrecer con melodía
Un tributo siquiera á tu belleza,
He querido olvidar, Vírgen María,
La nada de mi sér y mi pobreza,
Y cantarte he soñado con anhelo
Como á Reina sin par de tierra y cielo.

Tú que sabes premiar con tanta usura
Del mortal la plegaria suplicante,
Tú que llenas su alma de dulzura
Cuando invoca tu nombre sollozante,
Y le infundes el gozo y la ventura
Como Madre sensible y tierna amante,
No me culpes ahora si atrevida
Se eleva á tí mi voz desfallecida.

Lindos prados ostentan su verdura,
Y vergeles sus flores odorantes,
Y un arroyo perenne la frescura
De sus gotas de perlas y brillantes;
Entre tanta belleza y hermosura
Se descubren mil casas, que distantes

Representan bandadas de palomas
Que se ven al través de ricas pomas.

Es un pueblo pequeño de Judea
Llamado Nazareth. ¡Nombre bendito!
Que al pronunciarte el alma se recrea
Prestando al corazon goce infinito,
Y admirarte tan solo se desea
Como joya de precio no descrito,
Porque fuiste la patria bendecida
De María sin mancha concebida.

Una casa se encuentra de apariencia
Humilde, y tan sencilla, que parece
La mansion del trabajo y la indigencia;
Salvad el pobre umbral ¿que se aparece
A vuestra vista, acaso la presencia
De algun sér ignorante que merece
El olvido y desprecio de este mundo
Por su criterio corto é infecundo?

Son ancianos de noble continente,
De ciencia y de virtud no ponderada
Cuya estirpe es tan clara y esplendente
Como pura y pequeña es la morada;
No lucen ricos trajes del Oriente,
Ni se aspira la estancia perfumada,
Ni se ven los humildes servidores
Que rodean en Egipto á los Señores.

¿Escuchais sus palabras que sonoras
Se elevan hasta el trono del Dios santo?